

Padrón, Frank, "El cine del continente negro se abre al público cubano", *Visiones Alternativas*, La Habana, Cuba, 17 de septiembre de 2011.

Consultado en:

http://www.visionesalternativas.com/index.php?option=com_content&task=view&id=51434&Itemid=9

Fecha de consulta: 25/11/2011.

Ha constituido una feliz iniciativa del ICAIC, especialmente de su Muestra Itinerante del Caribe, junto con otros organismos e instituciones (la UNESCO, la UNICEF, Alba Cultural, Telesur, Combiáfrica...) organizar una semana de cine africano en Cuba — presentada en la sala Chaplin de la Cinemateca de Cuba hasta el próximo 18, y extendida a 11 provincias del país— la cual se inserta dentro de otro evento no menos importante: el Encuentro de cineastas de África, el Caribe y sus diásporas, al que asisten importantes cineastas e intelectuales de esas regiones.

Con respecto a lo que propone específicamente la pantalla, vamos a acercarnos a unos pocos títulos representativos de lo que se exhibe, ante la imposibilidad de abarcar el todo; signifiquemos, eso sí, la variedad genérica, el abanico cronológico (pasados, actualidad) y la representatividad de no pocas naciones del llamado continente negro.

Fue un acierto abrir la muestra con un título que obtuviera Premio Especial del Jurado en el prestigioso Festival de Cannes 2010: *El hombre que grita*, del chadiano Mahamat Saleh Haroun (*Bye-Bye Africa, Daratt...*) presente en la sala la noche de premiére —como ha ocurrido con la mayoría de los filmes que se exhiben.

Desde una estructura minimalista, el filme es el acercamiento a un alarido desde el silencio: el de Adam, anciano que tras una vida entera cuidando la piscina de un hotel se enfrenta primero al conflicto de la sustitución, y después al desempleo; en medio de ello está su único hijo, a quien amenaza el ejército con una incorporación inminente si el padre no paga la cuota correspondiente, algo que su maltrecho bolsillo no puede permitirse.

El hombre... invita a reflexionar en torno a un conflicto ético que, dentro de un continente assolado por la miseria, el desempleo y las guerras intestinas, deviene conflicto político; gracias al tacto del realizador, este último aparece como telón de fondo, en sordina, mas sin dejar de incidir profundamente en las acciones y el destino de los personajes; valga apuntar que estos han sido trazados con gran complejidad y riqueza de matices, aun cuando hay muy poco diálogo en el filme.

La soledad, la incomunicación más sentimientos profundos que apenas se expresan, circulan en esa familia escindida y desgarrada, entre el protagonista y otros seres que se relacionan con él, armando una atmósfera tensa, opresiva, que Saleh Haroun ha trazado con mano maestra, apoyado por una hermosa fotografía que se concentra en la densidad del sujeto, alejada del paisajismo; de un inteligente montaje que se acomoda al peculiar tempo, sin prisas, que atropellarían el relato, y de unas soberanas actuaciones, encabezadas por el protagónico de Emile Abossolo M'bo.

Lamentablemente, no corre la misma suerte *El precio del perdón* (2001), del senegalés Mansour Sora Wade, entrelazando a dos amigos con una saga de supersticiones y tradiciones que tienen a la neblina como principal motivo dramático. A pesar de sus lauros en Amiens, Fribourg y Milán, la cinta carece de la fuerza y la pegada de la anterior.

Cierto que el realizador borda una estetizada ambientación, se apoya en una fotografía rica en gamas diversas y consigue una notable dirección de actores (Hubert Koundé, Rochaya Nang, Gora Seck...) pero la historia se alarga y diluye en la propia neblina.

También entre nosotros, el primer cineasta africano premiado en Cannes: Souleymane Cissé, de Mali (por su obra *Yeelen*, de 1987) trajo esta vez su pieza *Finyé*, sobre la historia de amor de dos adolescentes en un ambiente hostil: él pertenece a una familia pobre, ella es la rebelde hija de un militar abusivo y tramposo; el caudillismo, los desmanes del ejército, la corrupción política, las manipulaciones y las movidas estudiantiles (algo que, como sabemos, conoce una renovada energía ahora mismo en otros lares) son aspectos que el filme refleja con crudeza y verismo, sin que logre evitar, sin embargo, no pocas torpezas

narrativas, circunloquios innecesarios y problemas de ritmo interior, que aun así logran el interés del espectador, enganchado con la trama hasta su final.

Finyé

El cortometraje ha estado presente en la muestra: la ficción argelina Garagrouz (La marioneta) 2010, de Abdenour Zahzah, y dos capítulos de la serie documental *Unsung heroines* (Heroínas sin nombre) 2006, de la realizadora M. Beatriz Mujishagwe (Tanzania) sacaron la cara por una categoría que detenta no poca gracia y validez en el contexto del reciente cine africano.

El primero es una bellísima y breve historia sobre el fallido intento de un padre titiritero y su pequeño hijo de llevar un espectáculo de marionetas a una distante escuela infantil, a la que se trasladan en una rústica camioneta; los incidentes del camino, el tropiezo con personajes que entorpecen la misión, no les impide buscar alternativas para llevar a los niños un programa cargado de amor y mensajes positivos.

Breve y poético road movie, esta “marioneta” es manejada por el realizador con sensibilidad y amarre de sus elementos expresivos, dramáticos y técnicos; por su parte, la documentalista se (nos) acerca en sus dos capítulos seleccionados a sendas mujeres ilustres: la Premio Nobel de la Paz Wangari Maathai y la llamada “reina del pop” africano, Angélique Kidjo.

En ambos textos, la cineasta de Tanzania muestra agilidad narrativa, mezcla inteligente de testimonios sobre las figuras abordadas con los de colegas y expertos, así como de segmentos propiamente hablados con ilustraciones diversas. En ambos, también, no solo se reivindica, sino que se exalta la situación de la mujer africana más allá de su contexto, internacionalmente: la ecologista que estudiara en EE.UU. y regresara a su país a luchar, incluso fuera de su área, por los maltratados derechos humanos y la cantante que se ha impuesto en Nueva York y en diversas plazas europeas llevando la más esencial música

africana, son ejemplos muy elocuentes de ello, que los documentales nos entregan desde la utilización racional y creativa de las técnicas fílmicas propias del género.

Y esto es, a propósito, una característica que enlaza los filmes africanos aquí reunidos: la universalidad que late en los relatos, por debajo de localismos y singularidades nacionales o regionales, de ahí la reacción positiva que el público, al menos en la capital, le está tributando.

Algunas irregularidades organizativas y logísticas (no siempre la programación coincide con lo anunciado; impuntualidades y demoras a la hora de iniciarse las tandas, sobre todo nocturnas; problemas con las traducciones en las presentaciones...) no han eclipsado el éxito de la muestra de cine africano: una mirada profunda y extensa a ese continente que llevamos en la sangre, y cuyo mejor conocimiento nos llega ahora mediante uno de sus testigos mayores: el cine.